

Del mismo modo que cada uno dice de la feria como le va en ella, cada cual a través de los tiempos miró a la mujer con arreglo a su carácter, su profesión, sus creencias, o sus conveniencias. Según una añosa definición la mujer para el naturalista fué siempre simplemente una hembra, para el labriego una ayuda, para el calculador una dote, para el poeta una flor, para el calavera un juguete, para el enamorado un ángel, etc. En otro orden de conceptos; la soltera es una flor, la casada un semillero, y la viuda una planta descuidada. Y, bajo otro aspecto, la mujer como soltera es un problema, como casada un efecto, como madre el ángel de la guarda. Mas, dejando a un lado estas consideraciones que conservan todo su sabor, y remitiéndonos al encabezamiento del artículo, vamos brevemente a entrar en materia acerca de la estética, tan variable según las distancias y los climas y que la inspiración y los artificios del ingenio humano tienden a vigorizar.

Dícese que no es posible dar una exacta explicación de la belleza. Los antiguos estéticos resumieronla en la pureza de las líneas, en la armonía de éstas, en su corrección; los modernos, por contra, han venido asegurando que la hermosura consiste más bien en la gracia, en la expresión, en una sonrisa seductora, en eso que nosotros llamamos salero, o a veces en cierta luz intelectual que ilumina el rostro. Confesemos por nuestra parte que no es raro observar en la mujer que más se aproxima a la venustez, al modelado perfecto, cierta sosería o fal-

ta de viveza, con lo que podría quedar demostrado que con frecuencia la pretendida belleza carece de algunos ingredientes.

Si examinamos la historia de los pueblos y nos fijamos en sus costumbres y sobre todo en sus gustos en cuanto a lo que en el sexo débil se llama hermosura o fealdad, veremos que mientras en algunos países se sostuvo que la primera consiste en el compuesto de tales o cuales atributos, en muchos otros, en cambio, precisaba esa misma hermosura reunir unas condiciones totalmente opuestas. En muchos pueblos de América, por ejemplo, las pinturas de animales, figuras, estrellas y otros innumerables signos que fueron ornato de la cara, de los brazos o de todo el cuerpo de la mujer, se consideraron como signo de elegancia y distinción, de lo que se deduce que la idea de lo bello y de lo hermoso no ha sido enteramente igual en todos los hombres y que en la ilusión que éstos se forman estriba eso que hace llamar a las mujeres bonitas o feas. La mujer de nariz aplastada, las vulgarmente denominadas chatas, fueron en Persia reputadas por hermosas. En Turquía se prefiere la mujer gruesa, a la que se tiene por la más hermosa y atractiva. En China ocurre lo contrario; la mujer china siendo delgada, con el cuerpo flexible como un junco, con un talle que pueda ceñirse con la mano, y un pie diminuto, pequeñísimo, resulta ser la intachablemente bella. En Etiopía, las bocas grandes, muy grandes, se miran como las más hermosas, así como en China pasan por muy bellos los ojos reventones o sal-

La cosmética de la época presente se atribuye el poder de embellecer a la más fea. El tocador ya no tiene secretos. Sus adelantos — que las hacen artistas — han transformado a muchas mujeres sobreponiéndose a una fealdad que tantas perlas ocultas atesoró. Esta es tal vez una de las partidas que el progreso tiene en su haber; la supresión del privilegio de la llamada belleza que prescindía de todo, aun de la palabra afectuosa. Ya es hora de que se vaya olvidando el martirio del menosprecio que sufrieron las feas.

Muchos son por cierto los factores que participan en la abolición de la fealdad. Los rostros enharinados, las caras de clown, pasaron a la historia. Pero, a la mujer que en provecho suyo se vale del maquillaje que le brindan los empujes de esta época, será bien recordarle que hay que ajustarse a otra moda, a una distinción que no decae jamás. No olvide que el hombre no puede enamorarse solamente de la belleza física. Existen también los sentimientos ocultos, la virtud. El atractivo de unos ojos azules o negros, de un talle aéreo y flexible o de cualquier otra de las gracias materiales que pueda ofrecer el bello sexo, no son las únicas prendas que impulsan al hombre hacia ella, hacia las gratas emociones de una querencia. Hay indudablemente algo más en los seductores atractivos de la mujer, algo que, hoy como ayer, debe prevalecer, algo que tiene la facultad de embellecerlo todo. Encanto celestial éste, que tiene el poder de acabar con todas las fealdades.

J. SOLER CAZEAUX